

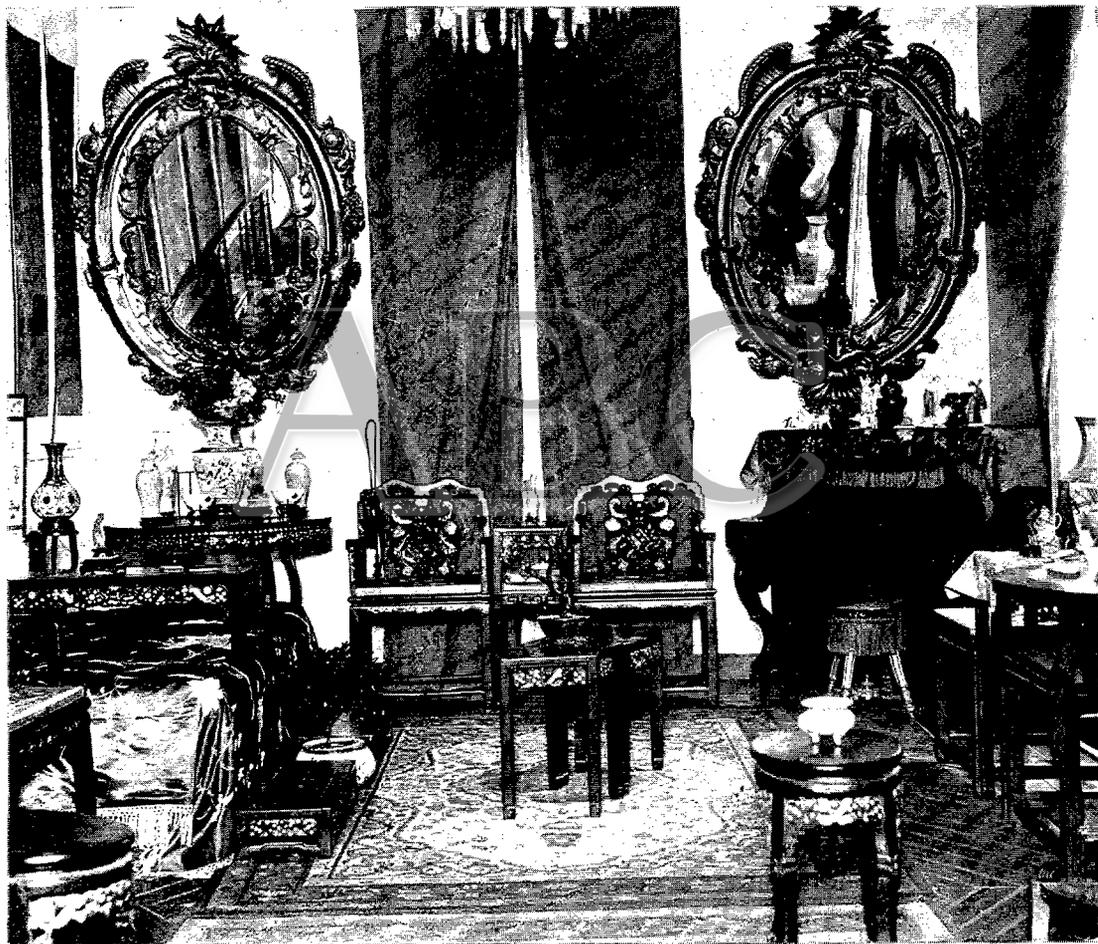
Residencias diplomáticas.

LA LEGACIÓN DE CHINA

EN la serie de residencias diplomáticas, cuyas fotografías venimos ofreciendo en estas crónicas a nuestros lectores, llega hoy el turno a la de estos distinguidos diplomáticos, cuyas dotes de carácter y simpatía les han dado en la sociedad madrileña un puesto muy importante.

Al penetrar en el pequeño hotel que habitan los señores de Liou, en el aristocrático paseo del

No es así, sin embargo; la vida inquieta, inestable, casi nómada de los miembros del Cuerpo diplomático, que jamás arraigan en nación alguna, sino que pasan con rápido vuelo de unas a otras, según las exigencias de la misión que sus respectivos Gobiernos les confían, y, de otra parte, la inevitable adaptación que a las costumbres europeas forzosamente ha de realizarse en los de estas regiones orientales, han sido causa de que



CURIOSO ESTRADO DE LOS HIJOS DEL QUE FUE CELESTE IMPERIO

Cisne, pensábamos si la puerta de hierro que tras de nosotros se cerraba sería como un muro que nos separaba de la civilización europea, para transportarnos —siquiera fuese por breves instantes— a las exóticas maravillas del lejano Oriente; algo así como las milenarias murallas que cercaban en su pétreo cintura a los hijos del que durante tantos siglos se ha venido llamando el Celeste Imperio.

vayan perdiendo el encanto peculiar que un tiempo tuvieron para nosotros estas residencias, en que se guardaba el culto al pasado, un pasado de miles de siglos —ignoto y remoto—, para la mayoría de los europeos, que sólo conocemos aquellos seres y aquellas costumbres por los libros de los grandes novelistas, como Pierre Loti, que de ellos nos dejaron maravillosas descripciones.

En cambio, su arte no nos es desconocido, des-



UN RINCÓN DE LA SALA PRINCIPAL

de que la caprichosa madame de Pompadour mostró sus predilecciones por el arte oriental, trayendo sus motivos de decoración a las fábricas francesas, que ella protegió pródigamente, haciendo que en casi todos los abanicos Luis XV fuera el reverso de pinturas chinas o japonesas, los artistas de Occidente diéronse a estudiar su arte, y muy pronto vino la boga de las porcelanas chinas —clasificadas por las remotas dinastías de sus soberanos—, de las lacas orientales, de los bordados policromos y de tantas y tantas maravillas que hoy inundan los mercados europeos... y que, ¡ay!, se falsifican con prodigalidad lamentable.

No quiere esto decir que el hotel de los señores de Liou sea una residencia enteramente europea; nada de eso. La figura gentil de la señora de la casa, habitualmente envuelta en el lindo kimono, que tiene no poca analogía con las modas actuales, tiene para encuadrarla no pocos muebles y objetos de arte dignos de la más bella y refinada de las Hijas del Cielo.

Así, en el salón principal, la sillería de nogal, con incrustaciones de nácar, fabricada en Cantón, y que procede de la primera Legación establecida en Madrid hace cincuenta años, presta a la estancia el ambiente oriental, que acrecientan las ocho valiosas pinturas chinas a la acuarela, sobre seda, del siglo XVI, y el biombo, también de seda, bordado a mano, hecho asimismo en los más célebres talleres de Cantón.

Otras curiosidades de la estancia son: una estatua de porcelana policroma, representando a Buda, y en la que los dorados se conservan de un modo extraordinario. Es de la época de Kien-Long —fines del XVII a principios del XVIII—, y son contados los ejemplares análogos, porque se fabricaban únicamente con destino al Emperador. También es muy notable, por su tamaño, una rama de coral rojo.

En la planta baja, en un saloncito en que está colocado un precioso retrato de madame Liou, obra al óleo del joven pintor Luis López Ramírez, sobrino de la marquesa viuda de López-Bayo, hay una magnífica vitrina, en la que se guardan estatuas, platos, ídolos, de los más raros y valiosos ejemplares.

También hay numerosos objetos de esa piedra de tonos verdes, blancos y violetas, de *jade*, en fin, hoy tan en boga.

Otra pieza notable: un tapete de fondo azul —obra de gran mérito artístico—, en el que se ostentan, bordados, nueve dragones de los de cinco garras, emblema peculiar reservado a la Familia Imperial, que, en el antiguo régimen, sólo ésta podía usar o regalar a los altos funcionarios. No es menos sorprendente una estatua de laca *fukieng* que representa al dios de la Fortuna y de la Longevidad, en la figura de un anciano con cara muy expresiva. Lo verdaderamente inverosímil de este raro ejemplar es que no se trata de laca sobre madera, sino sobre seda, habiendo desaparecido,



GABINETE CON UN VALIOSO TAPIZ CHINO



GRUPO DE FAMILIA. EL MINISTRO DE CHINA CON MME. LIOU Y SUS HIJOS. (FOTOS DUQUE)

después de darle forma, el fondo de barro que sirvió para el modelaje.

Si el breve espacio de que para estas crónicas disponemos no nos lo vedara, aún podríamos dedicar sendas páginas a la descripción de otros mil objetos de porcelana que adornan la diplomática residencia, algunos tan raros como un magnífico vaso blanco y azul con figuras de guerreros, de la época de la dinastía Ming, y dos platos, verdaderamente soberbios, anteriores a Yun-Cheng. Entre los de laca roja, que son muchos, se destaca una caja de la época de Kieng-Long, regalo del difunto presidente de la nueva República china, Juan Shi Kai, al actual ministro en España. Este, como hemos dicho, es un diplomático a la

moderna, que, en el curso de su brillante carrera diplomática, ha recorrido varias capitales europeas, algunos de cuyos idiomas habla a la perfección. Sus dos pequeños vástagos —dos lindas flores de Loto— crecen, pues, en un ambiente de costumbres y cultura occidentales; pero monsieur y madame Liou, en quienes el amor a la tradición y a la Patria vibra plenamente, cuidan —y ese es el grupo que ilustra estas líneas— de que sus hijos no olviden el idioma y la literatura de la China, y es bajo su cariñosa dirección como aprenden a leer y escribir en la difícil lengua de sus antecesores.

MONTE-CRISTO.